

IGUALES EN LA MUERTE, ¿IGUALES EN LA VIDA?: UN ANÁLISIS BIOARQUEOLÓGICO DE LOS ENTERRAMIENTOS INFANTILES DE LA EDAD DEL BRONCE EN LA CUENCA ALTA Y MEDIA DEL TAJO

Equal in death, equal in life?: A bioarcheological analysis of Bronze Age non-adult graves in the middle and upper Tagus basin

ANA MERCEDES HERRERO CORRAL *

RESUMEN En este trabajo se analizan las tumbas de individuos infantiles pertenecientes a los yacimientos de la Edad del Bronce de las cuencas alta y media del Tajo. Se ha realizado un estudio antropológico sistemático de los restos óseos humanos inmaduros a la vez que se han recogido las demás variables arqueológicas que intervienen en el ritual funerario (estructura, tipo de tumba, ajuares funerarios). Una vez obtenidos estos datos, se comparan con las tumbas de los adultos en busca de posibles diferencias entre unos y otros. De manera general puede concluirse que, durante la edad del Bronce en esta zona, el ritual funerario es muy similar entre unos y otros.

Palabras clave: Individuos no-adultos, Bioarqueología, Tratamiento funerario, Consideración social.

ABSTRACT The aim of this paper is to analyze non-adult graves of the Bronze Age in the middle and upper Tajo basin. A direct and systematic osteological study has been carried out on immature human bones as well as all the archaeological variables involved in the funeral rite are been collected. With this data, both adult and non-adult graves are compared in order to detect eventual differences. Overall, it can be concluded that during Bronze Age in the studied area, the burial ritual was similar between both age groups.

Key words: Non-adult Individuals, Bioarchaeology, Funerary Treatment, Social Status.

* Departamento de Prehistoria, Universidad Complutense de Madrid, Fac. de Geografía e Historia, Edificio B, C/ Profesor Aranguren s/n, 28040 Madrid. anaherre@ucm.es

Fecha de recepción: 16-05-2020. Fecha de aceptación: 10-06-2020.

<http://dx.doi.org/10.30827/CPAG.v30i0.15357>

INTRODUCCIÓN

A pesar de que el registro funerario no refleja de forma directa la estructura completa de la sociedad de los vivos, sí que muestra el mensaje que los familiares o el entorno del difunto quisieron transmitir al resto de la comunidad durante el funeral. Por lo tanto, el estudio de las tumbas infantiles nos ayudaría a acercarnos a la consideración social que los niños y las niñas tendrían dentro de la sociedad. Para ello, el primer tipo de información que es preciso analizar son obviamente los propios restos óseos humanos, aplicando todos los instrumentos metodológicos que proporciona la Antropología física y que nos ofrecen datos directos sobre la edad de muerte del individuo, el sexo, las patologías que pudo padecer, su estatus nutricional o incluso sus relaciones de parentesco. Pero, además, para transmitir el mensaje, los familiares utilizarán diversos gestos funerarios como el tipo de estructura donde se entierra al infante, sus acompañantes en la tumba, la posición y orientación de su cuerpo o los ajueres funerarios asociados con él.

El estudio de los ajueres funerarios ha sido una de las prácticas más habituales en la historia de la arqueología, a través del cual se han discutido diversos aspectos de la existencia humana, desde la economía, la identidad étnica, el estatus social, los roles de género o las creencias religiosas (Ekengren, 2013:174). Sin embargo, es necesario superar la simple lectura directa de los mismos como reflejo directo de la posición y económica del fallecido. Lo que consideramos ajueres, pudieron ser elementos empleados en el desarrollo de la ceremonia funeraria y que fueron dejados dentro de la tumba tras su conclusión (Ekengren, 2013:174; Garrido-Pena *et al.*, 2019:183-184). Otros, serían las ofrendas personales de miembros de la familia o del grupo, e indicarían por lo tanto su estatus o identidad, pero no de la del fallecido (Turek, 2016:351). Por otro lado, algunos de los objetos que acompañan a los cuerpos en las tumbas podrían hacer referencia a la identidad personal específica y concreta del individuo. Los objetos de adorno, por ejemplo, pudieron formar parte de su indumentaria cotidiana, que le caracterizaba a él o al resto de individuos de su misma categoría de edad o género (Adams, 2017; Sánchez Romero, 2018:140). Incluso algunos objetos pudieron ser realizados por el propio fallecido, como, por ejemplo, en el caso de los niños, posibles piezas de aprendizaje (Finlay, 1997; Kamp *et al.*, 1999) o incluso juguetes o mascotas (Crawford, 2009; Weiss-Krejci, 2006:36).

En cualquier caso, resulta crucial considerar la propia naturaleza de los objetos depositados con los cuerpos de los fallecidos y tratar de establecer su valor social relativo (Lull, 1997-1998:70). Es evidente que algunos de ellos tendrían un mayor valor, en función tanto de la propia materia prima en la que estaban realizados, dada su escasez, como por el trabajo especializado invertido en su fabricación. Es el caso, por ejemplo, de los elementos metálicos o de los adornos en materiales exóticos o de procedencia lejana. La eventual aparición de este tipo de objetos en algunas tumbas infantiles, demostraría que la familia tenía, al menos, la capacidad de hacerse con ese tipo de elementos y que, además, podía permitirse el lujo de amortizarlos para siempre, acompañando al niño o a la niña al más allá. Por ello, la aparición de

enterramientos infantiles con ricos ajuares ha sido tradicionalmente interpretada, desde posturas procesualistas, como un testimonio del carácter hereditario de las posiciones sociales destacadas y, en definitiva, del poder (Lull *et al.*, 2005:251). Este crucial hecho suele también considerarse como uno de los umbrales críticos en la transición de las sociedades igualitarias a las plenamente jerarquizadas (Garrido, 2006:82). Sin duda, la perspectiva más adecuada para analizar estas cuestiones es la regional y local, ya que el panorama es muy diverso y heterogéneo en el marco europeo y peninsular. Si en algunas zonas, como el Sureste peninsular, los indicios de jerarquización social parecen manifestarse en sus necrópolis de manera clara, en otras como el interior peninsular las evidencias son muy diferentes.

MATERIAL Y MÉTODO

La muestra analizada en este estudio se compone de 129 individuos no-adultos y 127 adultos pertenecientes a 23 yacimientos con cronología de la Edad del Bronce¹ de las cuencas alta y media del Tajo, que corresponden a las actuales provincias de Guadalajara, Madrid y Toledo (fig. 1). Se han considerado no-adultos aquellos individuos que presentaban al menos un signo de inmadurez en el esqueleto, como, por ejemplo, la no fusión de las epífisis o la formación incompleta de las raíces dentales. A pesar de incluir a jóvenes de hasta 19 años de edad, que ya serían considerados como adultos dentro de sus comunidades, se ha seguido este criterio biológico como el más idóneo y preciso para asegurar la representación de todos los no-adultos. Para facilitar el análisis estadístico se dividió la muestra de infantiles en cuatro grupos siguiendo también criterios puramente osteológicos. El grupo 1 sería el de los bebés menores de un año, etapa que finalizaría con los diferentes elementos que componen el cráneo ya fusionados. El grupo 2, o infantiles I, iría desde el año hasta los 5 años. A los 6 años, con la emergencia del primer molar definitivo, comenzaría el grupo 3, Infantiles II, que iría seguido por el de los juveniles, a partir de los 12 años, con la emergencia del segundo molar definitivo.

Los restos óseos humanos han sido directamente analizados utilizando unos criterios homogéneos de estimación de la edad de muerte, de identificación del sexo, así como la descripción de los caracteres de interés patológico. Para completar los datos antropológicos se recogieron también todas las variables arqueológicas relacionadas con los enterramientos para analizarlas estadísticamente y comprobar si existen diferencias en el tratamiento funerario recibido entre los individuos infantiles o entre éstos y los adultos.

1. Se han incluido también cuatro yacimientos (Gózquez 87, Las Matillas, Las Olivas y Reina I) cuyas cronologías estarían en la transición entre el III y el II Milenio cal AC.

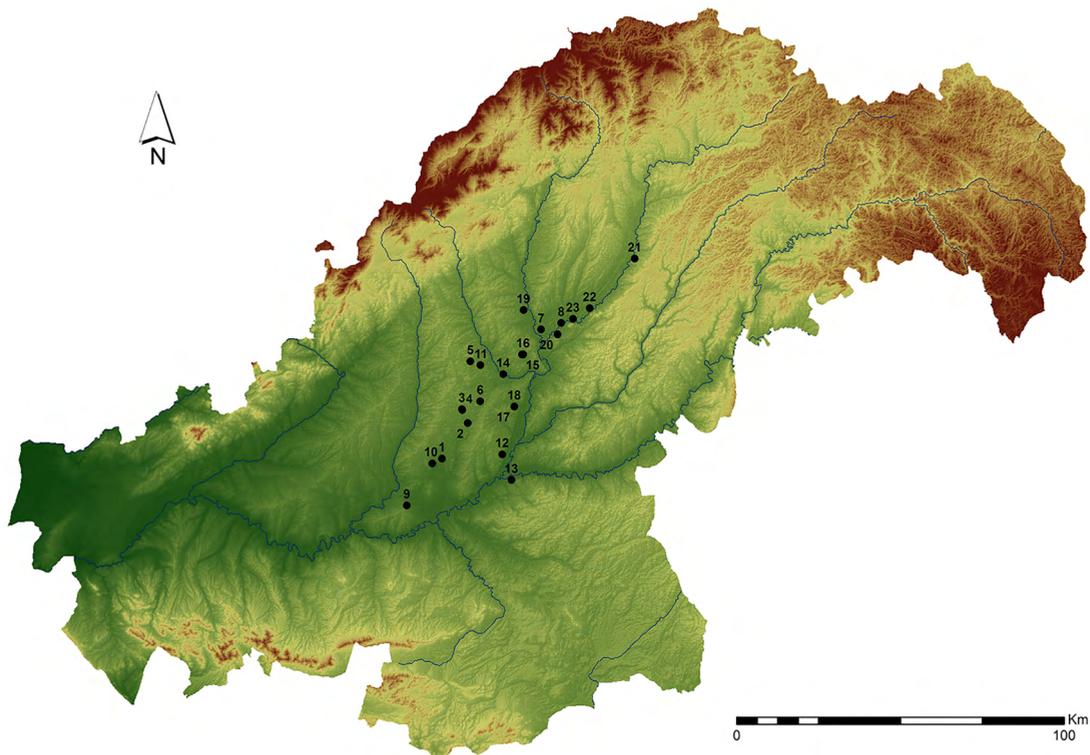


Fig. 1.—Mapa de las cuencas alta y media del Tago con los yacimientos estudiados en este trabajo: 1, Las Mayores; 2, La Cuesta; 3, Humanejos; 4, Arroyo Humanejos; 5, Fuente de la Mora; 6, Las Olivas; 7, Camino de las Yeseras; 8, Soto del Henares; 9, Ventaquemada; 10, Sector 22, Yuncos; 11, Pista de Motos; 12, Reina I; 13, Príncipe 11; 14, Caserío de Perales; 15, El Espinillo; 16, Alto de las Peñuelas; 17, Gózquez 087; 18, Gózquez 085; 19, El Muladar; 20, Cordel del Butarrón; 21, Ampliación Aguas Vivas; 22, La Dehesa; 23, Las Matillas.

RESULTADOS Y DISCUSIÓN

¿Podemos seguir diciendo que faltan infantiles en el registro funerario?

En los 23 yacimientos analizados fueron recuperados los restos de 129 individuos no-adultos y 127 adultos. La proporción de adultos/no-adultos es por lo tanto prácticamente la misma, siendo la mitad de la población enterrada (50,4%) infantiles y la otra mitad (49,6%) adultos. Si atendemos al tipo demográfico que habría en aquella época, anterior a la transición demográfica, la mortalidad infantil debía ser muy elevada y las muertes producidas antes de alcanzar la edad adulta supondrían el 30-70% de muertes totales. Por lo tanto, la muestra analizada sí que entraría dentro de lo que consideramos como una distribución normal de la mortalidad. Para comprobar si todos los grupos de edad dentro de los no-adultos están bien representados se clasificaron en cuatro grupos atendiendo a ciertos cambios osteológicos que se producen en un determinado momento del desarrollo. La muestra quedó dividida entonces en 15 (12%) bebés que habrían muerto durante

el primer año de vida, 56 (43%) infantiles I, fallecidos entre 1 y 5 años, 36 (28%) infantiles II, entre los 6 y 11 años y finalmente 18 (14%) juveniles que murieron a partir de los 12 años. Los cuatro individuos restantes no pudieron ser clasificados en ningún grupo de edad debido a su mal estado de preservación.

Si observamos el gráfico de la distribución de la muestra por grupos de edad (fig. 2) se aprecia que el grupo de los menores de 1 año está totalmente sub-representado y que, a partir del segundo grupo, el de los infantiles I, la curva adquiere la forma que cabría esperar teniendo en cuenta el perfil demográfico pretransicional. A medida que aumenta la edad del infante, descenden sus probabilidades de morir y por ello los juveniles, como ocurre en nuestra muestra, deberían ser muy poco numerosos. Por otro lado, las muertes registradas durante el primer año de vida serían sin embargo las más numerosas (Bocquet-Appel y Masset, 1977), ya que se calcula que en torno al 20-25% de los nacidos no llegarían a cumplir ese primer año (Gusi y Muriel, 2008), con una mayor incidencia en los momentos próximos al parto. Aunque el número de esos bebés a término es el más elevado dentro de este grupo de la muestra (60%), sigue estando muy lejos de ese 20% de la población muerta total. Este hecho, que se repite en la mayoría de yacimientos de esta cronología, y de la Prehistoria general, suele explicarse de dos maneras. En primer lugar, que se trate de una cuestión cultural por la cual se excluyeron los bebés, de manera intencionada, del ritual de inhumación, utilizando otro tipo de rito que no dejó huella en el registro arqueológico. Por otro lado, se suele atribuir la ausencia de perinatales a una peor preservación de sus esqueletos, por tratarse de huesos de pequeño tamaño y sin terminar de calcificarse.

Para comprobar esta última hipótesis se analizó el estado de preservación de los esqueletos de todos los infantiles que componen la muestra utilizando un método

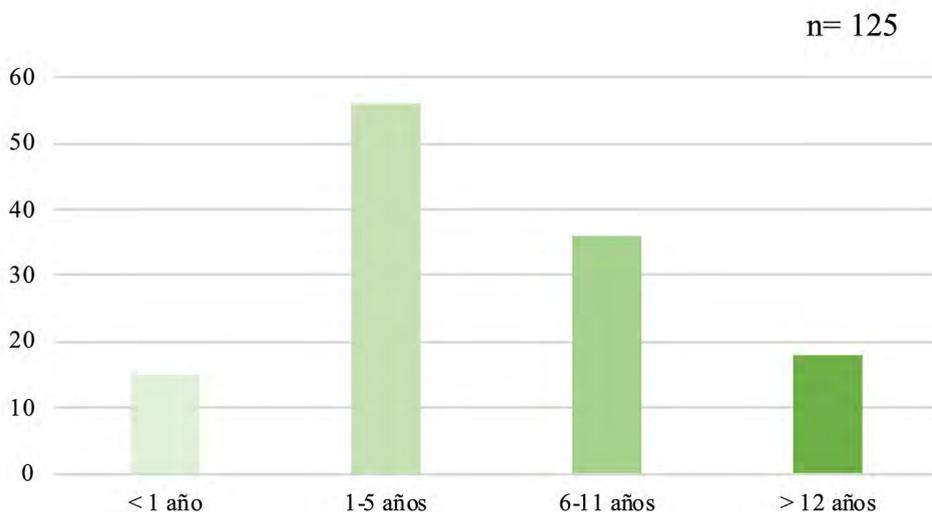


Fig. 2.—Diagrama con la distribución de la muestra de individuos no-adultos analizados por grupos de edad.

(modificado de Rascón *et al.*, 2011) que evalúa tanto el número de unidades anatómicas preservadas como la propia calidad del hueso. De este modo cada individuo puede ser clasificado en el grupo 1, el mejor preservado, el grupo 2 medianamente preservado, o el grupo 3, el peor preservado. Como se resultado se obtiene que el 55% de los individuos infantiles estarían mal preservados (grupo 3), mientras que solo el 19% podría considerarse como bien preservados. Para comparar el estado de preservación de no-adultos y adultos se toma como referencia el yacimiento de Humanejos (Parla, Madrid), que cuenta con más de 100 individuos adultos del III y II Milenio AC. Como resultado se obtiene que la preservación general de ambos grupos es muy similar. Si bien hay más adultos clasificados en el grupo 1 (19% frente al 11% en no-adultos), el porcentaje de adultos mal preservados es incluso superior al de los infantiles (23% frente al 16% en no-adultos). Además, se observa una correlación estadísticamente significativa entre la edad del individuo y el estado de preservación (fig. 3). Los menores de un año son, efectivamente, los peor preservados, con el 73% de ellos clasificados en el grupo 3. A ellos les seguirían con un porcentaje similar por los infantiles I, o menores de 6 años (71%). Por otro lado, los juveniles serían el grupo mejor preservado de la muestra, con casi la mitad de ellos (47%) en el grupo 1. Finalmente los infantiles II (6-11 años) tendrían un estado de preservación medio, con el 43% de ellos clasificados en el grupo 2.

Si bien estos análisis demuestran una peor preservación de los restos óseos de perinatales, no explicaría por sí sola la subrepresentación de ese grupo de edad, puesto que algunos de ellos sí que han llegado hasta nosotros ($n=15$), incluso en buenas condiciones (27%). Por ello, es muy probable que existiese también un ritual funerario específico para este grupo de edad distinto a la inhumación. A excepción de ellos, el resto de infantiles sí que se encuentran bien representados

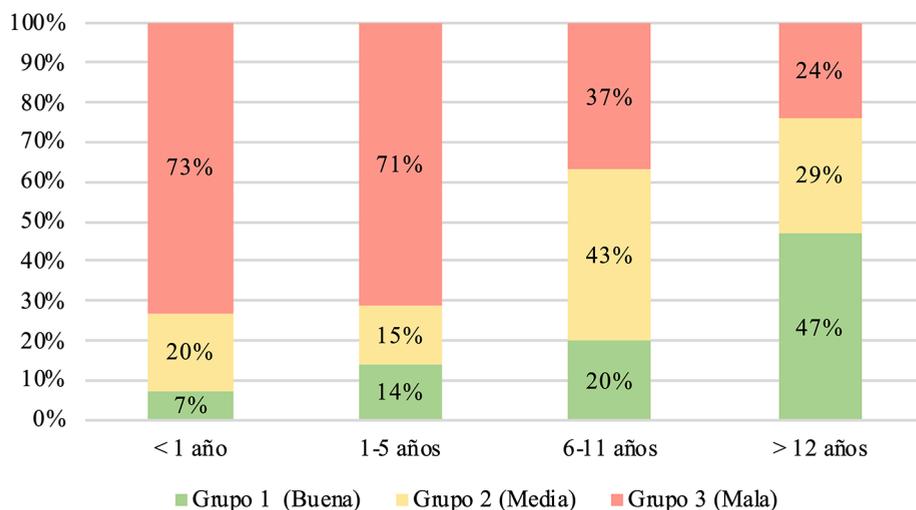


Fig. 3.—Diagrama de la preservación de los restos óseos infantiles en cada grupo de edad.

en la muestra de estudio y su distribución se corresponde con lo que cabría esperar en un régimen demográfico de tipo pretransicional.

Las características de sus tumbas y las de los adultos

Los no-adultos de la Edad de Bronce en la zona de estudio son enterrados en los mismos tipos de estructuras que los adultos, en hoyos simples de dimensiones variables. A pesar de lo que cabría pensar, los infantiles no son enterrados en estructuras más pequeñas, adaptadas a su tamaño, sino que aparecen en hoyos de dimensiones muy distintas, ya sea solos o acompañados por otros individuos. Sin embargo, sí que se ha detectado una subestructura que sería más propia de los infantiles, los contenedores cerámicos. Este fenómeno tendría su origen en el mundo argárico, donde se entierran fundamentalmente a niños, pero también a adultos (Lull *et al.*, 2004:249). En el área analizada esta práctica estaría, sin embargo, reservada para los infantiles más pequeños, concretamente los menores de 8 años. Los juveniles y adultos quedarían excluidos de este ritual, con dos únicas excepciones documentadas en los yacimientos de Humanejos (Madrid) y la Loma del Lomo (Guadalajara). Algo similar ocurre en el área vecina de La Mancha, en la que la mayoría de enterramientos dentro de recipientes cerámicos pertenecen a infantiles, como en el Cerro de la Encantada (Romero Salas, 1984-1985: 149), sobre todo a los más pequeños, como en la Motilla del Azuer, donde los únicos cinco casos de inhumaciones en *pithoi* pertenecen a menores de 6 años (Nájera *et al.*, 2012:158; 2010:87, tabla 2).

Se desconoce el motivo por el cual algunos pequeños eran depositados dentro de estos contenedores y otros no, pero desde luego queda descartada la opción del status o prestigio familiar, puesto que se han detectado en una misma estructura algunos infantiles dentro de cerámicas y otros no y los ajuares son igual de escasos en unos y otros. Sobre la interpretación de este fenómeno asociado a los infantiles más pequeños, son muchos los trabajos, arqueológicos y etnográficos, que apuntan hacia una analogía con el útero materno (Power y Tristant, 2016:1479). El hecho de que la mayoría de individuos se encuentren en postura fetal y con la cabeza hacia la boca de la cerámica, simularía la posición del bebé en la barriga de la madre. Algunos ejemplos nos muestran que este tipo de prácticas se siguen utilizando hasta momentos recientes en zonas en las que ya había enterramientos infantiles en cerámica desde la Edad del Bronce. Este es el caso, por ejemplo, de la zona norte de Namibia, en la que los grupos Sotho-Tswana, depositaban dentro de una cerámica los cuerpos de los recién nacidos muertos o de aquellos que tenían alguna malformación. A estos recipientes se les practica habitualmente una abertura mayor en la boca para facilitar así el “nacimiento” de la criatura. Este ritual tenía como fin restaurar la fertilidad de la mujer para que pudiese volver a concebir y tener un parto exitoso. El recipiente cerámico sería la representación simbólica de la barriga de la madre y su tipología y el sitio en el que coloca, dependería de la edad del feto o bebé o de su grado de malformación (Boeyens *et al.*, 2009:232-233).

Otra característica que diferencia las tumbas de infantiles de las de adultos es que estos últimos se encuentran con mayor frecuencia en tumbas individuales que los infantiles. Concretamente, en la Edad del Bronce en nuestra zona de estudio el 62% de los adultos están en tumbas individuales frente al 46% de los infantiles. Estos últimos tienen acceso, sin embargo, a estructuras individuales desde edades muy tempranas, incluso antes del año. Si bien en otras culturas el hecho de ser enterrado en una tumba individual podría considerarse como un signo de prestigio, que suele ir acompañado de una estructura funeraria compleja y la presencia de ajuares destacados. En el caso que nos ocupa no parece estar relacionado con esa intención de diferenciarse del resto, puesto que la mayor parte de los individuos enterrados, solos o con acompañantes, aparecen enterrados en estructuras simples y sin ningún tipo de ajuar.

En cuanto a las tumbas con más de un individuo, los porcentajes son muy parecidos entre adultos y no-adultos para las dobles (24 y 23% respectivamente), hallándose la mayor diferencia en las múltiples de tres o más individuos (31% en infantiles y 15% en adultos). De los 31 individuos infantiles en tumbas dobles, 18 (58%) están acompañados por otro infantil, mientras que 13 de ellos (42%) lo hacen de un adulto. El sexo de estos últimos solo pudo ser identificado en nueve individuos, siendo seis hombres y tres mujeres. Cinco de ellos son introducidos en la estructura en un momento previo o posterior al infante, otros cinco (dos mujeres, un hombre y dos de sexo indeterminable) de manera simultánea y en los dos casos restantes no se ha podido recoger esa información. En el caso en el que los enterramientos se produzcan en dos momentos distintos, los infantiles pueden ser los primeros en ser depositados (tres casos), inaugurando así el uso funerario de la estructura, pero también pueden hacerlo los adultos (dos casos). Para los acompañantes únicamente infantiles, éstos son siempre simultáneos, con una única excepción de un juvenil de 15 años que es depositado con posterioridad a un infantil II de 9 años.

En las tumbas triples los no-adultos (n=18) también suelen estar acompañados por otros infantiles (83%) y rara vez lo están por adultos (6%) o ambos grupos de edad (11%). Sin embargo, en las estructuras con más de tres individuos (n=21), los porcentajes están más igualados entre las tumbas únicamente infantiles (52%) y las que tienen a infantiles y adultos (43%). El sexo de los acompañantes adultos ha podido ser determinado en ocho de estas tumbas múltiples resultando en dos casos de acompañantes mujeres, tres de hombres y otros tres con individuos de ambos sexos.

Los ajuares funerarios

Son muy escasos en la zona de estudio durante este periodo cronológico. El 17% (n=22) de los infantiles llevarían asociado algún tipo de objeto, pero únicamente el 6% de los adultos (n=7) aparecen con ajuares. En cuanto a los primeros, la mayoría tienen asociado un objeto cerámico (59%), mientras que el resto de objetos son mucho menos frecuentes: líticos 23%, de adorno 18%, metálicos 14% y de industria ósea (4%). Los adultos, por su parte, aparecen con la misma frecuencia

junto a recipientes cerámicos o objetos de adorno (43%), con dos únicos casos de elementos de industria ósea y uno de metal. En cuanto al número de objetos, los infantiles suelen ir acompañados por un solo objeto, ya sea cerámico, metálico, lítico o de industria ósea. La única excepción sería un individuo juvenil, de unos 15 años de edad, hallado en el yacimiento madrileño de Soto del Henares, que iría acompañado de una ollita lisa y un punzón de cobre. Más dudoso es el caso de un infantil II del yacimiento de La Cuesta, que aparecía junto a un pequeño núcleo de sílex y un molino de granito. Al igual que ocurre con los infantiles, en el caso de tener objetos cerámicos, metálicos o de industria ósea, los adultos tienen uno solo, mientras que los elementos de adorno pueden llegar a estar formados por hasta 30 piezas.

La edad en la que los individuos infantiles pueden empezar a tener ajuares es muy temprana. Si excluimos las piezas de adorno, halladas ya en individuos de entorno a 1 año, encontramos ajuares propiamente dichos a partir de los 2 años. Un caso muy evidente es el de un niño o niña de 2 años de edad de La Loma del Lomo que tenía asociado un pequeño punzón de cobre. Aunque el número de casos es bastante reducido, no se ha detectado relación entre los grupos de edad y un determinado tipo de objeto. De hecho, los punzones metálicos pueden aparecer tanto junto a individuos muy pequeños, como el que acabamos de mencionar, como con juveniles de 15 años de edad. Ello contrasta con lo observado en el Bronce argárico en donde sí que se observa cómo va aumentando la presencia de ajuares metálicos a medida que lo hace también la edad del infante. Durante los tres primeros años únicamente el 1,4% de los casos tienen elementos metálicos, pero poco a poco van aumentando, hasta estar presentes en el 14% de las tumbas de los individuos de entre 7 y 15 años (Sánchez Romero, 2007:189). Además, en estos grupos se aprecia un patrón claro, según el cual a medida que aumenta la edad del individuo, lo hacen también sus posibilidades de tener algún objeto asociado. Así, en el grupo de los fallecidos en los primeros meses de vida, únicamente el 14% aparece con algún elemento, sobre todo adornos, en el siguiente grupo, que transcurre hasta los 3 años, sería el 36% y alcanzaría el 40% en los de 7-15 años (Sánchez Romero, 2007:189). Otro cambio importante se produciría a partir de los 6 años, que es cuando se empiezan a incluir, sobre todo en el caso de las niñas, combinaciones de ajuares típicas de su género, como son los cuchillos/puñales con punzones. Los chicos, sin embargo, tendrían que esperar más, hasta al menos los 12 años, para tener cuchillo/puñal y hacha, la combinación considerada como masculina (Lull *et al.*, 2005:261). Quizás esto podría estar relacionado con el desarrollo más temprano de las niñas, tanto física o sexual como intelectualmente, que haría que, desde muy pronta edad, mereciesen ajuares propios de mujeres adultas.

En la muestra de estudio sí que se ha detectado, sin embargo, un tipo de ajuar que sería propio de los infantiles. Se trata de algunos recipientes cerámicos de proporciones más pequeñas que las que normalmente caracterizan a esas formas. Por ejemplo, en el yacimiento de Soto del Henares se recuperó junto a un individuo infantil una pequeña cazuela carenada de tan solo 7,7 cm de diámetro de boca y 4,4 cm de altura (fig. 4) y junto a un juvenil una ollita de 7,5 cm por 6,6 cm (fig. 5).

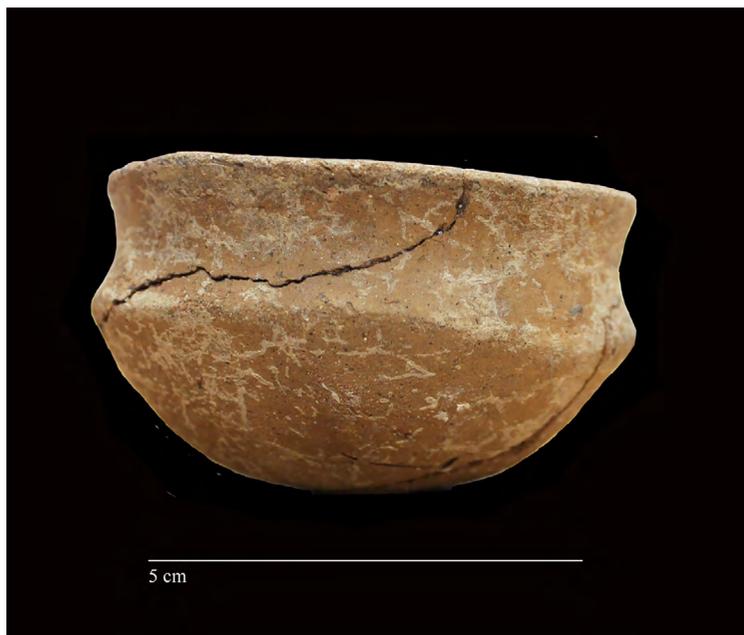


Fig. 4.—Cazuelilla de pequeño tamaño hallada en la estructura 6136 de Soto del Henares, Madrid.

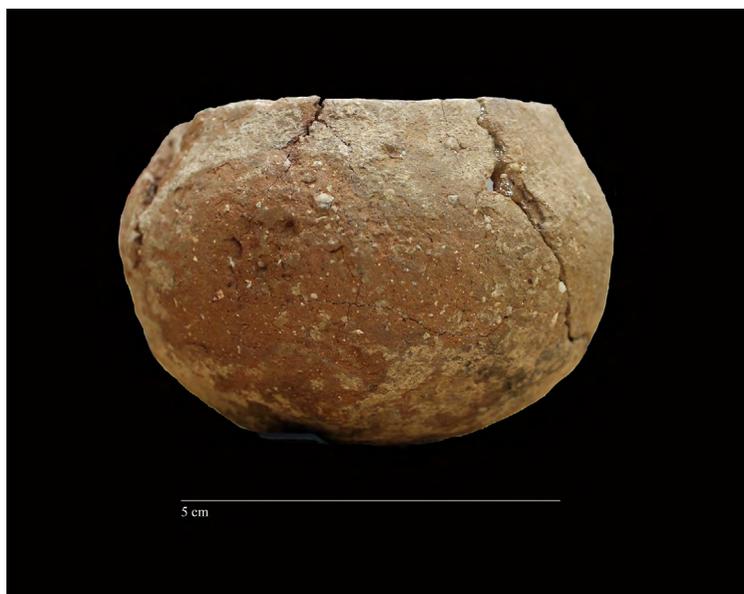


Fig. 5.—Ollita de bordes entrantes que aparece junto al individuo juvenil de la estructura 6055 de Soto del Henares, Madrid.

La cazuelita, aparte de ser muy pequeña, presenta ciertas características como un modelo irregular y una forma muy asimétrica, sobre todo en la línea del labio, que podría indicar que la pieza fue realizada por una persona inexperta, quizás un aprendiz, que pudo haber sido el propio infante inhumado. Otra pieza especial es el pequeño “carrete” cerámico que aparecía junto a un infantil de unos 7 años de edad en El Espinillo. Se trata de un pequeño fragmento de barro cocido, de poco más de 2 m de longitud, con forma de cilindro, que acaba con un engrosamiento en una de sus extremidades. Su modelado es muy tosco y, además, presenta unas marcas que serían compatibles con pequeñas digitaciones y unguilaciones (fig. 6)



Fig. 6.—Pequeño fragmento de barro cocido con posibles unguilaciones, depositado junto al individuo infantil de la tumba 26 de El Espinillo (fotografía de Mario Torquemada, Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid).

Objetos de similares características han sido recuperados en contextos de la Edad del Bronce en zonas vecinas de la Submeseta Sur o el Sureste peninsular. Este es el caso, por ejemplo, de la sepultura 22 del Cerro de la Encina (Monachil, Granada) en donde se inhuman a dos infantiles junto, entre otras cosas, a un pequeño vasito de forma asimétrica y de paredes irregulares, que contrasta con la calidad del resto de recipientes hallados en la misma tumba y en el yacimiento en general (Sánchez y Alarcón, 2012:74). Pero quizás el más llamativo es el conjunto de piezas cerámicas halladas junto a un infantil II de 8-9 años en la sepultura 39 de la Motilla del Azuer. Estaba formado por ocho elementos de muy reducidas dimensiones, realizados con una técnica poco depurada. Se trata todas ellas de formas asimétricas, con las paredes irregulares y que además habían sido poco horneadas o a una temperatura muy baja (Nájera *et al.*, 2006:152-154). La interpretación de estos objetos puede ser doble, por un lado, podrían tratarse de piezas de aprendizaje

realizadas por los propios individuos inhumados, que incluso podrían haber servido como juguetes. Son muchos los trabajos etnográficos que recogen ejemplos de niñas y niños aprendiendo a hacer cerámica mediante la observación e imitación de los adultos. El estudio de Kamp (2002) sobre las cerámicas miniatura de los Pueblo del Suroeste de los Estados Unidos, demuestra, además, que el proceso de aprendizaje de la alfarería comenzaría desde muy temprano, concretamente a partir de los 4 años. Otro ejemplo lo encontramos en los Asurini do Xingu, en Brasil, donde se anima a los niños y niñas a empezar por recipientes de pequeño tamaño que luego utilizarán como juguetes (Silva, 2008). Por otro lado, tenemos aquellos recipientes, detectados en el registro arqueológico, que son de tamaño reducido, pero cuidada manufactura, que podrían reflejar la realización ex profeso, por parte del adulto, de piezas adaptadas al infante (o a su grupo de edad), no sabemos si para ser usadas en vida o para acompañarle en la tumba. En definitiva, tendrían la intención de mostrar la pertenencia de ese niño o niña a un determinado grupo, puesto que son las mismas formas que las de los adultos, pero al mismo tiempo reflejarían el grupo de edad en el que se encuadraban, adaptando el tamaño de los objetos estándar a la edad del infante. Esta última interpretación es especialmente clara en las miniaturas halladas en tumbas campaniformes (Garrido y Herrero, 2015), en las que no solo aparecen objetos cerámicos de reducido tamaño, sino también otros objetos típicos del set campaniforme (Herrero *et al.*, 2019).

Salud y enfermedad de la población infantil

Únicamente el 34% de los individuos infantiles analizados presentaban algún carácter de interés patológico. Eso no quiere decir, en ningún caso, que el 66% restante tuviese un buen estado de salud, puesto que todos ellos murieron antes de alcanzar la adulta, sino más bien que las enfermedades que padecieron serían de curso rápido, que no dejaron huella en el esqueleto. Además, se ha podido comprobar que existe una correlación estadísticamente significativa entre la presencia/ausencia de signos patológicos y el estado de alteración tafonómica. Los esqueletos en los que se ha podido observar alguna patología están mucho mejor preservados, mientras que en los más incompletos y deteriorados es muy difícil detectarlas (fig. 7).

Entre los individuos con algún signo patológico visible, la gran mayoría (86%) presenta marcadores de estrés inespecífico, en concreto los fenómenos porosos y las hipoplasias del esmalte. Los fenómenos porosos se dan en forma de criba *orbitalia* o femoral en 22 casos, mientras que las líneas de hipoplasia del esmalte aparecen en 9 individuos. Además, habría 7 infantiles con ambos marcadores. Aunque la etiología de estos fenómenos sigue siendo incierta, la mayor parte de especialistas lo relacionan con anemias severas producidas a su vez por el déficit de hierro, ácido fólico y vitaminas B12 (Lewis, 2018:197). También suelen relacionarse con el momento del destete, puesto que la mayor parte de líneas de hipoplasia halladas en colecciones arqueológicas se habrían producido entre los 2 y 4 años. Cuando se

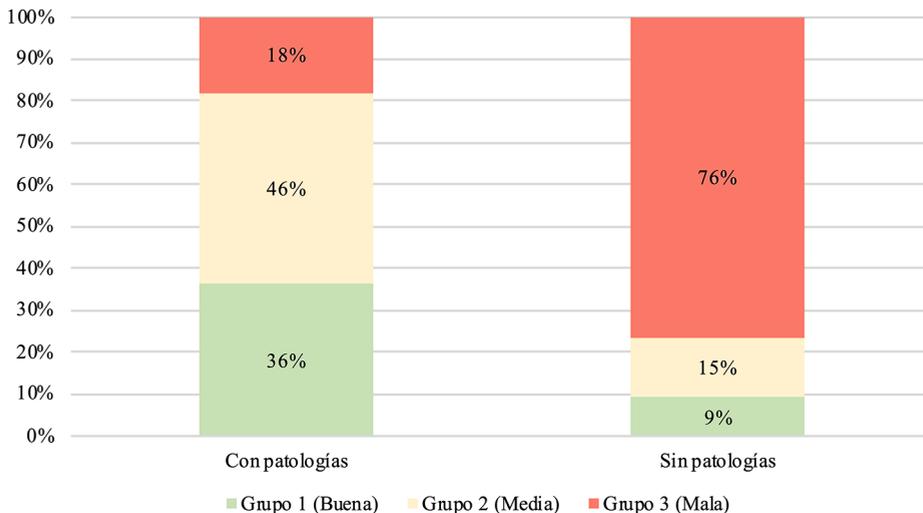


Fig. 7.—Diagrama con el estado de preservación de los individuos en los que se han observado alguna patología y en los que no.

empieza a retirar la leche materna, no siempre habría alimentos disponibles que estuviesen adaptados a los sistemas digestivos de los niños pequeños lo que, en muchos casos, provocaría importantes diarreas (Walker, 1986).

El resto de patologías observadas son, sobre todo, procesos infecciosos que aparecen en forma de porosidades bien delimitadas en los senos nasales, frontales y en el canal auditivo (n=5). Cabe destacar, además, tres posibles casos de traumatismos craneales. Dos de ellos pertenecen a dos juveniles de unos 15 años de edad y de sexo posiblemente masculino y otro a un infantil II de unos 11 años de edad. Las dos primeras tienen una morfología muy similar, se trata de una pequeña hendidura, de en torno a 1 cm de diámetro que aparece en la tabla externa de la sutura sagital (fig. 8). La última, sin embargo, es de un tamaño mucho mayor y el golpe sí que llega a hundir incluso la tabla interna del hueso, provocando unas líneas de fisura en forma radial (fig. 9). Se encuentra en el parietal derecho y, por su morfología, podría haberse producido por un objeto contundente como (Botella *et al.*, 2000:88). Mientras las dos primeras contusiones serían totalmente compatibles con la vida, en esta última no está claro que lo fuese, puesto que el reborde de la contusión no presenta signos de regeneración ósea.

Otros de los parámetros que puede analizarse a partir del estudio de los caracteres de interés patológico es el estado general de salud de la población y las posibles diferencias entre unos individuos y otros. Normalmente se asocia la presencia de ciertos ajuares funerarios con un estatus elevado del difunto y, por el contrario, las tumbas sin ningún tipo de objeto suelen clasificarse como más modestas. Además, en el caso de los no-adultos, el hecho de tener ajuares, se relacionaría con la capacidad de liderazgo de su grupo familiar, y, por lo tanto, debería estar asociado a un mejor



Fig. 8.—Hendidura en la sutura sagital del individuo juvenil de la tumba 17 de El Espinillo, Madrid.



Fig. 9.—Posible traumatismo en el cráneo del individuo infantil de la tumba 1210 de El Muladar, Madrid.

nivel de vida, en general, o, al menos, a un mejor estado nutricional. A pesar de que, como hemos visto, en la muestra de estudio la mayor parte de no-adultos carecen de ajuares, y en el caso de tenerlo no pueden considerarse como elementos de prestigio, se decidió comparar la prevalencia de los marcadores de estrés inespecífico entre individuos con o sin ajuar. Como resultado se obtiene que no existe una correlación estadísticamente significativa entre ambas variables y que, tanto infantiles con ajuares como sin ellos tienen una prevalencia similar de esos marcadores ($\approx 30\%$). Ello puede interpretarse como reflejo de un estado nutricional y de salud similar para todos los individuos. En organizaciones políticas no plenamente jerarquizadas, con un grado de desigualdad aún incipiente, las condiciones de vida debieron ser también semejantes entre los diferentes individuos y grupos de parentesco que las componían. Además, un rápido examen de los asentamientos de este periodo en nuestra área de estudio demuestra que no existen importantes diferencias entre las distintas unidades domésticas y no se documenta nada semejante a lo que podríamos denominar “residencias de las élites”. Los personajes dirigentes vivirían, por tanto, en condiciones muy similares a las del resto de la población.

CONSIDERACIONES FINALES

El hecho de enterrar a alguien puede ser entendido como un signo de consideración hacia esa persona, sobre todo teniendo en cuenta que en el periodo que nos ocupa y en la zona de estudio, no toda la población era enterrada. Para ser inhumado habría algún tipo de selección por motivos que desconocemos, pero que, en cualquier caso, incluía a los individuos infantiles. La única excepción la compondrían los bebés menores de un año que, como viene siendo habitual en la mayor parte de necrópolis de cronología prehistórica, están totalmente subrepresentados en la muestra de estudio. Si bien se ha comprobado que la peor preservación de los bebés pudo tener que ver con la su baja representación, no puede explicar por sí sola la casi total ausencia de este grupo que precisamente debió ser el más numeroso. Por lo tanto, habría que hablar de un tratamiento funerario diferente para los menores de un año o, al menos, para la mayoría de ellos, puesto que no hay que olvidar que algunos sí que fueron inhumados y han llegado hasta nosotros.

Una vez hecha esta selección de la cual los infantiles también forman parte, éstos reciben el mismo tratamiento funerario de los adultos. Ni siquiera son enterrados en estructuras diferentes, adaptadas a su menor tamaño, sino que se encuentran exactamente en el mismo tipo de hoyos, de distintos tamaños, en los que aparecen los adultos. La única diferencia significativa entre unos y otros es su presencia en tumbas individuales, más frecuentes en adultos. Pero ello no quiere decir que los infantiles no tuviesen acceso a este tipo de tumbas, puesto que se ha documentado un amplio número de casos de individuos de muy corta edad, incluso menores de un año, inhumados de forma individual. Aunque no está claro el significado que pudo tener la tumba individual, si se considera como rasgo de distinción o diferenciación de la persona que es enterrada, los niños y niñas también participarían de ello, solo

que en menor cantidad de casos que los adultos. Cuando están acompañados por otros individuos, suelen ser también infantiles, y cuando aparecen junto a adultos, pueden ser de ambos sexos. A diferencia de lo que podría esperarse, cuando están acompañados de un solo adulto, éste es más frecuentemente un hombre. Desconocemos los motivos que llevarían a enterrar a dos personas juntas o las relaciones que existirían entre ellas en vida, pero, en cualquier caso, en la muestra analizada en este trabajo, y aunque el número de casos no es muy elevado, son los hombres los que aparecen con más frecuencia acompañando a los infantiles.

Los ajueres funerarios han sido utilizados como uno de los principales elementos para hablar de diferenciación social entre unos individuos y otros. Pues bien, en la muestra analizada, aunque la mayor parte de las tumbas carecen de ajueres, éstos son bastante más frecuentes en individuos infantiles que en adultos. En ambos casos se trata de ofrendas poco espectaculares, compuestas por un solo objeto, sobre todo, de tipo cerámico. Sin embargo, los niños y niñas pueden aparecer, al igual que los adultos, con otros tipos de objetos, ya sean líticos, de adorno o, incluso, metálicos. Si el hecho de ser enterrado con alguno de estos elementos hace referencia a la consideración que tendrían los vivos sobre el difunto, indicaría, por lo tanto, que los niños y niñas serían merecedores, sin duda, de esa consideración, al igual que los adultos. Ello no quiere decir que este grupo no tuviese sus propias características y su identidad individual y de grupo. Una posible pista de ello nos la darían las piezas de aprendizaje y miniaturas halladas junto a algunos individuos infantiles. No sabemos si fueron objetos realizados por el propio difunto o por otro infante,

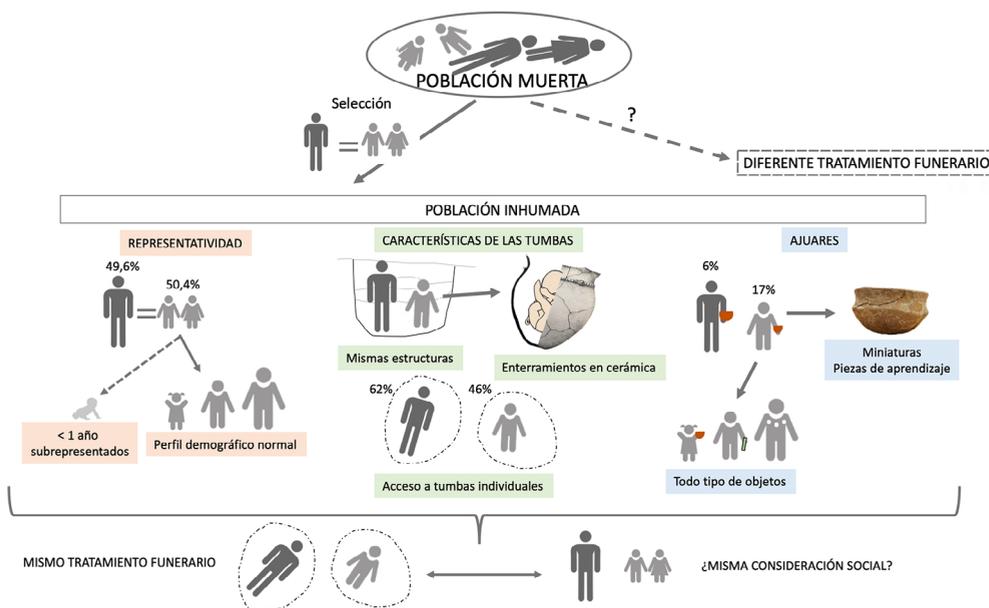


Fig. 10.—Gráfico que representa las características de los enterramientos infantiles de la Edad del Bronce en el interior peninsular y su relación con las de los adultos en su contexto social.

en el caso de las piezas mal hechas, o si fueron hechos por un adulto expresamente para acompañar a un menor ¿en vida? y en la muerte. En cualquier caso, se trata de objetos que marcarían la identidad del infante o de su grupo de edad.

En definitiva, el estudio de los enterramientos infantiles durante la Edad del Bronce en el interior peninsular revela que, pese a lo que se pensaba tradicionalmente, no existieron grandes diferencias en el tratamiento funerario entre infantiles y adultos (fig. 10). Ello indicaría que, posiblemente, la respectiva consideración de su importancia social también sería muy similar y que, sin duda, los menores tendrían también un papel relevante dentro de sus comunidades, como individuos y como grupo de edad.

BIBLIOGRAFÍA

- ADAMS, S. (2017): "Personal objects and personal identity in the Iron Age: the case of the earliest brooches", *Dress and Society: Contributions from Archaeology* (T.F. Martin y R. Weetch, eds), Oxbow Books, Oxford, pp. 48-68.
- BOCQUET-APPEL, J.C. y MASSET, C. (1977): "Estimateurs en paléodémographie", *Homme* 17:4, pp. 65-90.
- BOEYENS, J., VAN DER RYST, M., COETZEE, F., STEYN, M. y LOOTS, M. (2009): "From uterus to jar: the significance of an infant pot burial from Melora Saddle, an early nineteenth-century African farmer site on the Waterberg Plateau", *Southern African Humanities* 21, pp. 213-238.
- BOTELLA, M.C., ALEMÁN, I. y JIMÉNEZ, S.A. (2000): *Los huesos humanos. Manipulación y alteraciones*, Ediciones Bellaterra, Barcelona.
- CRAWFORD, S. (2009): "The archaeology of play things: theorizing a toy stage in the 'biography' of objects", *Childhood in the Past: An International Journal* 2:1, pp. 55-70.
- EKENGREN, F. (2013): "Contextualizing Grave Goods", *The Oxford Handbook of the Archaeology of Death and Burial* (L. Nilsson Stutz y S. Tarlow, eds.), Oxford University Press, Oxford, pp. 173-192.
- FINLAY, N. (1997): "Kid knapping: Children in lithic analysis", *Invisible People and Processes: Writing Gender and Childhood into European Prehistory* (J. Moore y E. Scott, eds.), Leicester University Press, Leicester, pp. 203-212.
- GARRIDO-PENA, R. (2006): "Transegalitarian societies: an ethnoarchaeological model for the analysis of Inner Iberia Copper Age Bell Beakers using groups", *Approaches to Social Inequality in Iberian Recent Prehistory* (P. Díaz-del-Río y L. García Sanjuán, eds.), British Archaeological Reports 1525, Archaeopress, Oxford, pp. 81-96.
- GARRIDO-PENA, R. y HERRERO-CORRAL, A.M. (2015): "Children as potters: apprenticeship patterns from Bell Beaker pottery of Copper Age Inner Iberia (Spain) (c. 2500-2000 Cal BC)", *Children, Spaces and Identity* (M. Sánchez Romero, E. Alarcón García y G. Aranda Jiménez, eds.), *Childhood in the Past Monograph Series 4*, Oxbow Books, Oxford, pp. 40-58.
- GUSI, F. y MURIEL, S. (2008): "Panorama actual de la investigación de las inhumaciones infantiles en la protohistoria del sudoeste mediterráneo europeo", *Nasciturus, infans, puerulus vobis mater terra. La muerte en la infancia* (F. Gusi, S. Muriel y C. Ollaria, coords.), pp. 257-330.
- HERRERO CORRAL, A.M., GARRIDO PENA, R. y FLORES FERNÁNDEZ, R. (2019): "The Inheritors: Bell Beaker children tombs in Iberia and their social context (2nd half of the IIIrd millennium cal. BC)", *Journal of Mediterranean Archaeology* 32:1, pp. 63-87.
- KAMP, K. A. (2002): "Working for a Living", *Children in the Prehistoric Puebloan Southwest* (K.A.Kamp, ed.), University of Utah Press, Salt Lake City, pp. 71-89.

- KAMP, K. A., TIMMERMAN, N., LIND, G., GRAYBILL, J. y NATOWSKY, I. (1999): "Discovering childhood: Using fingerprints to find children in the archaeological record", *American Antiquity* 64:2, pp. 309-315.
- LEWIS, M. (2018): *Paleopathology of Children, identification of Pathological conditions in the human skeletal remains of non-adults*, Academic Press, London.
- LULL, V. (1997-98): "El Argar: la muerte en casa", *Anales de Prehistoria y Arqueología* 13-14, pp. 65-80.
- LULL, V., MICÓ PÉREZ, R., RISCH, R. y RIHUETE HERRADA, C. (2004): "Las relaciones de propiedad en la sociedad argárica. Una aproximación a través del análisis de las tumbas de individuos infantiles", *Mainake* 26, pp. 233-272.
- LULL, V., MICÓ PÉREZ, R., RIHUETE HERRADA, C. y RISCH, R. (2005): "Property relations in the Bronze Age of South-western Europe: an archaeological analysis of infant burials from El Argar (Almería, Spain)", *Proceedings of the Prehistoric Society* 71, pp. 247-268.
- NÁJERA, T., JIMÉNEZ-BROBEIL, S.A., MOLINA, F., DELGADO, A. y LAFFRANCHI, Z. (2012): "La aplicación de los métodos de la antropología física a un yacimiento arqueológico: la Motilla del Azuer", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de La Universidad de Granada* 22, pp. 149-183
- NÁJERA, T., MOLINA GONZÁLEZ, F., JIMÉNEZ-BROBEIL, S., SÁNCHEZ ROMERO, M., ARANDA JIMÉNEZ, G., DELGADO-HUERTAS, A. y LAFFRANCHI, Z. (2010): "La población infantil de la Motilla del Azuer: Un estudio bioarqueológico", *Complutum* 21:2, pp. 69-102.
- NÁJERA, T., MOLINA GONZÁLEZ, F., SÁNCHEZ ROMERO, M. y ARANDA JIMÉNEZ, G. (2006): "Un enterramiento infantil singular en el yacimiento de la Edad del Bronce de La Motilla del Azuer", *Trabajos de Prehistoria* 63:1, pp. 149-156.
- POWER, R.K. y TRISTANT, Y. (2016): "From refuse to rebirth: repositioning the pot burial in the archaeological record", *Antiquity* 90:354, pp. 1475-1488.
- RASCÓN, J., CAMBRA-MOO, O., PIMENTEL, G., GONZÁLEZ, A. y CAMPO, M. (2011): "Influencia del estado de preservación de los restos óseos en el diagnóstico paleopatológico", *Actas del X Congreso de Paleopatología Nacional*, Madrid, pp. 45-59.
- ROMERO SALAS, H. (1984-85): "La personalidad del "horizonte" necrópolis del Cerro de la Encantada", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 11-12, pp. 143-152.
- SÁNCHEZ ROMERO, M. (2007): "Actividades de mantenimiento en la Edad del Bronce del sur peninsular: el cuidado y la socialización de individuos infantiles", *Complutum* 18, pp. 185-194.
- SÁNCHEZ ROMERO, M. (2018): "Cuerpos, infancias e identidades: una mirada particular a las poblaciones prehistóricas", *Revista de Arqueología* 31:2, pp. 134-146.
- SÁNCHEZ ROMERO, M. y ALARCÓN GARCÍA, E. (2012): "Lo que los niños nos cuentan: individuos infantiles durante la Edad del Bronce en el Sur de la Península Ibérica", *Niños en la Antigüedad. Estudios sobre la infancia en el Mediterráneo antiguo* (D. Justel Vicente, ed.), Pressas de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, pp. 57-97.
- SILVA, F. A. (2008): "Ceramic Technology of the Asurini do Xingu, Brazil: An Ethnoarchaeological Study of Artifact Variability", *Journal of Archaeological Method and Theory* 15, pp. 217-265.
- TUREK, J. (2016): "Sex, transsexuality and archaeological perception of gender identities", *Archaeologies: Journal of the World Archaeological Congress* 12:3, pp. 340-358.
- WALKER, P.L. (1986): "Porotic hyperostosis in a marine-dependent California Indian population", *American Journal of Physical Anthropology* 69, pp. 345-354.
- WEISS-KREJCI, E. (2006): "Animals in mortuary contexts of Neolithic and Chalcolithic Iberia", *Animais na Pré-história e arqueologia da Península Ibérica. Actas do IV Congresso de Arqueologia Peninsular* (N. Ferreira Bicho, ed.), Promontoria Monográfica 3, Braga, pp. 35-45.